

CON EL DIRECTOR DEL EAC, FERNANDO SICCO

El concepto en sus múltiples lenguas

Es sabido que el Estado uruguayo nunca construyó un museo. Escuelas, hospitales, bibliotecas, sí. Pero nunca un museo. Las instituciones de ese tipo funcionan en antiguas residencias, pabellones de exposiciones ocasionales, casas quintas. O, incluso, en una prisión. Desde hace 20 meses el Espacio de Arte Contemporáneo (EAC) viene desarrollando sus actividades en un ala de la ex cárcel de Miguelete, la primera prisión panóptica de América Latina (1888-1990). Pese a no estar declarada monumento, la histórica construcción podría ser un museo de sitio. Y eso preocupa al EAC, que lucha para que el edificio no se robe todas las miradas. Un desafío pero también una oportunidad, si se lo aprovecha bien, dice Fernando Sicco, el director del Espacio.



Fotos Guillermo Sierra

CAROLINA PORLEY

VARIAS DE LAS celdas de dos por cuatro metros de la ex cárcel se transformaron en "espacios", que permiten un contacto más íntimo del visitante con las obras de arte. Además el subsuelo, los muros, patios interiores, y hasta el ascensor, son escenarios de intervenciones o instalaciones, que se adaptan sin mayores dificultades al lugar que busca así ofrecer un muestreo permanente de arte contemporáneo.

—Si hay que pensar una ex prisión como espacio de exposición de obras de arte, parece mejor que sea de arte contemporáneo, que —por su propia dinámica— está acostumbrado a "jugar" con su emplazamiento. ¿En qué medida el edificio ha podido adecuarse a las necesidades del EAC?

—Por un lado, el edificio tiene una presencia tan importante que no se puede negar. Y por otro, el movimiento es casi a la inversa: nos adaptamos al edificio. Hay obras que no han podido ser exhibidas por su tamaño. Para grandes instalaciones estamos limitados, salvo que se hagan en el exterior. Aunque el edificio es enorme, los espacios tienen medidas reducidas, y si queremos traer una obra de siete metros de diámetro, no hay dónde ponerla. Entonces en la segunda etapa de adecuación del edificio, que vamos a empezar, se va a construir una sala de exhibición más grande, más amplia, y más neutra.

Más cubo blanco minimalista, si querés. Pero como complemento. En realidad la gente ha señalado que los espacios permiten un contacto bastante cercano con las obras. Llamamos "espacios" a las celdas, que mantuvimos en el subsuelo y dos arriba. Luego están las "salas" que surgieron de derribar paredes que separaban dos o más celdas.

En general se adaptan muy bien. Y como decías, el tipo de expresiones o exhibiciones del arte contemporáneo también trabaja mucho con esa lógica de adaptarse al espacio, de intervenir. No es aquello de colgar un cuadro. Por ejemplo, tomamos los muros exteriores y el ascensor. Ahí habrá intervenciones. Una que se llama "Facewall", unos impresos tomando el avatar de Facebook, intervenidos con fotos de los vecinos y que irán colgados de los muros. En el ascensor va a haber una obra que forma retratos con post-it de oficina.

—¿Hasta dónde los visitantes pueden decodificar las obras? Al no ser convencional el formato, el espacio y el lenguaje del arte contemporáneo, uno puede no saber si un determinado elemento es parte de la obra o si la puede tocar... ¿cómo manejan estos aspectos con el público?

—Eso suele pasar mucho con el arte contemporáneo. No es un terreno fácil. Cómo marcar el límite entre dejar que el espectador se acerque con sus propios recursos y decodifique lo que pueda, o ayudarlo, lo que puede

incomodar. Tenemos asistentes de sala que están no sólo para vigilar sino también para acompañar al visitante. Hay gente que se molesta, que no quiere a alguien cerca. Es un equilibrio limitado, poder asistir cuando se observa que alguien necesita ayuda, pero no invadir su manera de acercarse a la obra. Hay obras que permiten el contacto, porque lo táctil es importante. Y hay gente que se atreve y otra que no, entonces lo ves interesado y le decís que se puede tocar. Pero también con otras obras tuvimos que poner censores para que si alguien avanza más de lo conveniente suene la alarma y el asistente aclare que se debe guardar una distancia.

Tampoco hay una sola manera de acercarse a la obra. Tratamos de dar algunas pistas. Estamos haciendo un material, unos libritos, que reúnen las temporadas, con información sobre las obras. Tenemos visitas guiadas todas las semanas y estamos trabajando también con grupos de Secundaria. El EAC tiene un área de acción cultural y educativa. Para este año hay un proyecto coordinado por el profesor Fernando Miranda de trabajo con los liceos. También habrá un taller con Jacqueline Lacassa para todo público, sobre estéticas visuales en el arte contemporáneo...

—En la última temporada vio mucho video arte, un lenguaje que se repite bastante. También están los objetos cotidianos

intervenidos, resemantizados. Hay muestras individuales, curadurías y varias muestras colectivas... ¿Cuáles señalaría como los formatos o lenguajes más recurrentes hoy en el arte contemporáneo?

—No sabría decirte. Cuando hacemos las convocatorias, en realidad le damos cierto sesgo: intervenciones en el ascensor, o en los espacios exteriores, por ejemplo. Si me guiara por lo que se presenta en las convocatorias, te diría que siempre son muchos más los proyectos individuales. No quiere decir que sea lo que más elegimos. Proyectos curatoriales no suele haber tantos. En Uruguay no está aún bien instalada esa figura del curador. Si buscamos obras colectivas. Por ejemplo, en la temporada que viene inaugura un colectivo local que se llamará "Interrupciones". También habrá una exposición de Graciela Taquini que si bien es su obra, reúne muchas piezas que ella ha hecho con otros artistas o que otros artistas han hecho sobre ella. Siempre hay bastante audiovisual. Es raro que en una temporada no haya ninguno. Pero también en la temporada próxima va a haber una exposición de tres pintores, que en realidad postularon de forma separada, y nos pareció interesante darles una oportunidad pero como muestra colectiva. Lo curioso, y eso es lo que los reúne, es que los tres parten de fotografía y materiales tomados de Internet. Entonces es un

medio muy tradicional, pero que parte o toma recursos de medios contemporáneos.

Hay mucho de conceptual en todo. Pero es muy diverso. En los "Impolíticos", por ejemplo, de la temporada 6 tenías desde la obra de Wilfredo Prieto, que incluye un objeto absolutamente cotidiano que cobra valor de obra porque está en un museo y porque es una propuesta mostrada así, hasta pinturas. Hay un cuadro de un chileno que tiene un superhéroe hecho de plasticina. Eso es lo que me parece más importante o fascinante del arte contemporáneo. Y también más desafiante. Este es un espacio muy abierto a la diversidad. Creo que tiene que ser así: una plataforma para mostrar qué se está haciendo. Y reflexionar sobre eso.

—¿Cómo discernir qué es arte contemporáneo y qué no?

—Nadie puede. Si te vas a lo temporal, ¿cuándo arranca el arte contemporáneo? ¿En los ochenta? Yo qué sé. Hace poco alguien me decía "para mí el barroco es super contemporáneo". Es una cuestión de óptica. Lo contemporáneo es el tipo de abordaje. Es cómo se toma el tema y cómo se plantea. Tener algo para decir y cómo decirlo. Yendo al ejemplo opuesto, un excelente pintor de marinas, o un acuarelista fantástico, si no plantea nada, si es la búsqueda de lo bello por lo bello en sí, no tendría lugar acá. Si no hay una línea de investigación del artista, una problemática que aborde, una búsqueda de

técnicas, de mezclar lenguajes, de transmitir un concepto, de ir a fondo con una acción o una intervención, no sería contemporáneo. Ese abordaje es un poco lo que define a este arte. Por lo menos como yo lo veo.

—¿Y qué pasa con lo institucional en esta definición del arte contemporáneo y la división de tareas con otras instancias públicas como el Museo Nacional de Artes Visuales o el Subte?

—Puedo responder por quienes dependemos de la Dirección Nacional de Cultura y que trabajamos con artes visuales, que es el MNAV y nosotros. El MNAV es la gran pinacoteca nacional. Tiene de por sí una labor de reunir y mantener un acervo, que nosotros no tenemos, más allá de que el EAC también se propone tener un acervo de arte contemporáneo. Y colaboramos con el MNAV. Por ejemplo, el artista Fernando Velázquez, que vive en San Pablo, y que ya expuso aquí en otra temporada, hizo un libro muy bueno con su obra y lo quiere presentar en una performance, pero no puedo ubicarlo acá porque no tengo espacio disponible, y entonces lo va a hacer en el MNAV. "Arquitecturas próximas" es una muestra que está aquí y también está allá. El matiz, en el que yo insistí en mi proyecto, es que este espacio pusiera el acento en la investigación, en apoyar artistas emergentes. Y creo que lo estamos logrando. Aquí han expuesto artistas nacionales y extranjeros de trayectoria, pero también muchos que expusieron por primera vez. Está la preocupación de estar al día, de hacer un muestrario del estado de las cosas en el arte, en la producción actual. Casi te diría, pensando la contemporaneidad en término temporal.

El gran problema de un acervo de arte contemporáneo es cómo conservar o registrar una instalación, una muestra de arte efímero, una performance. Estamos trabajando en eso. Además del personal del EAC está trabajando con nosotros Vladimir Muvich, de la Comisión de Patrimonio, y venimos desarrollando protocolos de conservación muy actualizados, tomando lo que se viene haciendo en el mundo. Para la próxima publicación del EAC tenemos pensado incluir el registro de dos obras bien diferentes. Una es una instalación con un montón de requerimientos, imposible de conservar. Esa obra, "Pedales", fue parte de un proyecto que se llamó Cable a Tierra. Se seleccionaron tres proyectos, se tutoraron, y las obras quedaron en el acervo del EAC. Ahí lo que uno protocoliza son las instrucciones: la obra consiste en seis bicicletas fijas, que generan un circuito de agua que dependiendo de la luz, y los estímulos que reciban, pueden crear un arcoiris... Hay una computadora, un software, es un dispositivo complejo. ¿Qué es esa obra? Una instalación con una



Lo que se viene

A PARTIR DEL próximo 17 de mayo comienza una nueva temporada en el EAC, que se extenderá hasta el 5 de agosto y que incluirá, en los "espacios", tres exposiciones individuales (Martín Piñeyro, Ana Paula Rial, Margareth White) y en el auditorio "Sueños arrebatados" del artista paraguayo Amadeo Velázquez. Además, una "¿Instalación total?", a cargo del colectivo Interrupciones y con curaduría de Diego Focaccio. También habrá una muestra colectiva "Chic@s Contemporáneos@s" (de Ruben Lartigue, Matías Nin y Martín Tisnés), una retrospectiva de Martín Sastre en el subsuelo (con la proyección en la calle de Miss Tacuarembó), y una exposición en el hall central de trabajos de egresados de la Escuela Universitaria Centro de Diseño (vecino del EAC) y del Instituto de Enseñanza de la Construcción de la UTU.

La siguiente temporada (agosto-noviembre) incluye exposiciones individuales de Álvaro Zunini, Ivonne D'Acosta, Leandro Béjar, y una en conjunto de Valeria Piriz y Soledad Castro ("La habitación que no sirve para nada USD 1.000.0000"). Además hay una colectiva de cuatro artistas con la curaduría de Catalina Bunge, varias intervenciones (la del ascensor a cargo de Fernando Corbo y Ruben Torija; en los muros exteriores, "Facewall", y otra de Claudia Olasso denominada "Helada Lúpulo"). En el hall central estará la muestra "Fuera de borde" de Paz Carvajal, Ximena Zomosa y Claudia Missani de Chile.

El auditorio mostrará "Desde el aire" del Taller Scheps de la Facultad de Arquitectura, y el subsuelo propuestas de varios artistas (Marcelo Castagnola, Ignacio de Salterain, Ivana Domínguez, Martín Pérez, Agustina Rodríguez y Ezequiel Steinman).

La temporada 9 —que inaugura el 21 de noviembre— incluye una muestra de once artistas latinoamericanos, con la curaduría de la argentina Teresa Riccardi. También hay otra de cinco artistas chilenos, con la curaduría de Ricardo Loebell. Y la retrospectiva de Graciela Taquini de Argentina, entre otras. También se desarrollarán durante tres días unas jornadas regionales de reflexión sobre la producción y la práctica en el arte contemporáneo que se llama "Panóptico creativo" y que parte de la consigna: "El arte que hacemos y qué hacemos con el arte". "Tomando la presencia del espacio, buscamos transformar la idea de vigilancia y control, pensando un poco en estos cuatro radios de la cárcel, que sean más bien caminos de confluencia de donde surja algo creativo que integre la diversidad de discursos y opiniones. Mesas de debate, con algún eje temático. Va a haber también un taller sobre curaduría", explica Sicco. ■

serie de instrucciones. Entonces se registra en fotografía y video, y luego se sigue todo ese protocolo donde se especifica las condiciones de la obra.

—Con las bicicletas no se quedaron...

—No. En este caso no. Pero son decisiones a tomar. Son las dificultades de lidiar con obras de arte contemporáneo. Otro desafío es la obsolescencia de los soportes. Guardaste una obra en un disquete en los noventa, y no la respaldaste. Hoy eso es un problema. Además, generar un acervo es generar las condiciones para mantenerlo. Hay obras que sí deben conservarse materialmente, y este local es del siglo XIX, el subsuelo es húmedo, etcétera. Pero tenemos como objetivo tener una mediateca donde se pueda acceder a las obras que ya tuvimos, así como a otras de distintos artistas. Todo eso da mucho trabajo, y no somos muchos, 13 personas en total en el EAC. Por lo pronto vamos a construir en el patio esta nueva sala para poder exponer obras de mayor porte. Hoy estamos utilizando sólo una parte del edificio, la idea es que en el futuro toda la cárcel se transforme en un centro cultural. El EAC ocuparía la zona del patio y dos radios. También queremos tener un espacio de residencia para artistas que vengan del exterior o del interior del país. Nos gustaría alojarlos y que trabajen acá también.

—Decía que una de las obras que se van a presentar en la próxima temporada, incluye el trabajo con los vecinos. ¿Cómo ha sido la inserción en el barrio?

—Sigue siendo un desafío. Hemos hecho el año pasado un proyecto con estudiantes de la Facultad de Arquitectura y del Centro de Diseño. Salieron a relevar necesidades de los vecinos, y crearon objetos de acuerdo a esas necesidades. Este año vamos a hacer una retrospectiva de Martín Sastre y vamos a proyectar Miss Tacuarembó en la calle. Lo de "Facewall", que ya mencioné, una intervención de Irina Raffo, también da participación a los vecinos. Todo se va planteando de modo de que esto no sea percibido como un ovni que aterrizó acá.

—No es un barrio que en principio se asocia con una oferta cultural y artística, como podría ser Ciudad Vieja...

—Es verdad. Pero también eso es relativo. No sé cuánta gente va a los otros museos. Y nosotros tenemos ese plus de lo "raro", de estar en una prisión. El edificio llama mucho la atención. Más bien se impone. Aunque tratamos de que las obras no se refieran tanto a temas de encierro y libertad, muchos artistas van muy por ese lado. Lo que vemos es que si tuviéramos un museo construido para exhibir arte contemporáneo, con un diseño más en consonancia, un cubo minimalista, capaz que la gente ni entra. Este edificio ya de por sí llama, porque es un hito histórico. Bien usado, puede ser un plus. ■